



RIO-JANEIRO Y SUS CERCANIAS.

El 24 de julio de 1830 salimos definitivamente del buque en que tanto tiempo habíamos estado encerrados, y fuimos á establecernos en la fonda del Globo, que aunque malísima, es la mejor de Rio-Janeiro. El ministro de estado, con quien ya teníamos entabladas relaciones, nos dispensó de las formalidades de aduanas, que en todos los países son molestas. El resto del día lo pasamos en presentar las cartas de recomendación de que íbamos provistos, con lo cual tuvimos proporción de recorrer toda la ciudad, cuya inspección no redundó en su alabanza. Las calles son rectas á la verdad; pero estrechas, sucias y mal empedradas, y los arroyos parecen por su profundidad y construcción, fosos destinados á defender un lado de la calle de las invasiones que puedan premeditarse al otro. Las casas son altas en lo general y están adornadas, á lo menos en el piso bajo, con celosías de madera, lo que las dá el aspecto de prisiones; estas celosías sirven de ventanas y vidrieras y se abren de abajo á arriba como las trampas de las cuevas. De cuando en cuando se vé abrir alguna de estas rejas si vá gente por la calle, pero si el extranjero que pasa es algo curioso y lanza una ojeada, aunque sea furtivamente, apenas ha podido distinguir un bulto de muger, cuando vé caer la trampa y se queda sin poder satisfacer su curiosidad.

Lo que dicen los napolitanos de los franceses, que no se vé en Nápoles á las doce del día mas que perros y extranjeros, puede aplicarse exactamente á Rio-Janeiro: ni un brasileño se encuentra en las calles en todo el día. Los esclavos son los encargados de hacer las visitas, compras y ventas, y aun (según algunos nos han asegurado) hasta de pensar por los amos. Es difícil en el Brasil no acordarse de los viajes de Lemuel Gulliver.

Hay una calle que forma un contraste completo con el resto de la ciudad y puede mirarse como la principal de ella. Está casi toda habitada por franceses ó extranjeros, silleros, sastres, mercaderes, etc.: todo es actividad, todo movimiento. No se oye hablar mas que francés, y se ven muchos blancos mezclados entre los negros, aunque estos siempre predominan. Esta calle es la de Ouvidor. Rio-Janeiro no posee mas monumento que un acueducto, de que hablaremos despues. El palacio del emperador solo es un caseron pintado de amarillo, pero sin ninguna arquitectura: algunas iglesias están adornadas por dentro, cifrándose en esto todo su mérito.

Los sujetos á quienes íbamos recomendados nos recibieron muy bien y nos hicieron pomposas ofertas; pero no fuimos presentados mas que á una sola dama, que habia sido nuestra compañera de viaje, y manifestó tanta estrañeza por la visita, que no juzgamos oportuno repetirla. Tuvimos, pues, que contentarnos con el trato de los extranjeros, y creo no perdimos nada según el aspecto de los pocos indígenas que vimos. Los extranjeros son muy numerosos en Rio-Janeiro. Además de los negociantes, hay los cónsules, los agentes diplomáticos y los oficiales de los cruceros ingleses y franceses, y cuando uno se halla lejos de Europa, todo europeo es un compatriota que muy fácilmente pasa á ser un amigo. Así es, que encontramos en los ingleses el mismo agrado, la misma benevolencia y amistad que en nuestros compatriotas, lo cual observamos, no solo en nuestra estancia en Rio-Janeiro, sino en todo nuestro viaje.

El acueducto que ya hemos mencionado, desemboca en una de las calles de la ciudad que conduce al camino de Botafogo. Presenta en este punto una série de arcos muy

18 DE FEBRERO DE 1849.



elevados que van disminuyendo de altura y se extienden cosa de un centenar de toesas hasta la mitad de una colina donde recibe las aguas del Corcobado. Uno de los mas hermosos paseos que es posible imaginar, es la subida de esta colina siguiendo despues el curso del agua hasta la cima del Corcobado, desde donde debe bajarse por Catel. En una excursion de seis á siete horas puede disfrutarse de todo el recreo de un largo viaje. Apenas se llega á los primeros arcos del acueducto, se tiene á la vista la ciudad y parte de la bahía. Siguiendo la ladera de la montaña, se llega á un punto en que existe una interrupcion muy marcada; las montañas se aplanan de repente en un espacio de veinte toesas, de suerte, que en vez de hallarse el viajero á medio camino, se encuentra en la cima. Cuando llegamos á este punto nos quedamos absortos. Al frente se veía el dilatado mar y una gran parte de la bahía, y á la espalda la ciudad, el resto de la bahía, y el estenso llano de San Cristóbal con las montañas que le terminan. Se llega al fin de esta meseta donde existe una hermosa cascada por la cual cae el agua casi por la cima del Corcobado. En este punto, si se penetra solo unos veinte pasos en el bosque, parece estarse á doscientas leguas de poblado. Causa una magnífica sorpresa la vista lozana de aquella vegetación, de la cual ni aun es una sombra la de nuestros países; aquellas palmeras llenas de espigas tan formidables, que con cualquiera puede atravesarse á un hombre; aquellas admirables lianas, unas aplastadas como las cintas, otras entrelazadas como las cuerdas, rodean á un árbol por todas partes y parecen los obenques del palo mayor de nuestros navios. Jamás ha penetrado el sol en aquellas espesuras, y por esto reina en ellas una frescura que sería muy funesta al que viajase á pié por poco que se parase.

Desde aquel punto hasta llegar á la verdadera cima del Corcobado, faltan aun dos horas de camino, recorriendo siempre aquellos frondosísimos bosques regados y animados por el riachuelo que ya hemos insinuado. De lo alto de la montaña se domina toda la bahía, el llano de Rio-Janeiro y aun todas las montañas inmediatas. Se vé igualmente un estenso mar, como tambien las islas que están casi á la entrada de la bahía y algunas de las de fuera. Es un bastísimo panorama donde los objetos se manifiestan al modo que un plano topográfico. La montaña llamada Pain-du-Sucre, es un pigmeo en comparacion del Corcobado. Sentimos mucho no poder contemplar por largo tiempo aquel espectáculo magnífico, pues una nube envidiosa de nosotros, que hacia rato se paseaba por debajo de nuestros piés, nos robó todas estas bellísimas vistas, y ademas la excesiva frescura del aire no nos permitia detenernos mas que algunos minutos, pues es necesaria suma prudencia en los europeos si quieren conservar su salud en las regiones de los trópicos. Antiguamente habia en la cima mas elevada del Corcobado un telégrafo que anunciaba con mucha anticipacion las arribadas: estaba custodiado por un piquete de cinco ó seis soldados; el emperador, que gustaba mucho de aquel sitio, habia añadido un quiosco pequeño donde descansaba de la fatiga que causa la subida. Por muchos años este paseo, aunque tan inmediato á la ciudad, fué muy peligroso, y aun ahora no es muy prudente visitarlo solo y sin armas. Bajamos pues, de la cima mucho mas pronto de lo que habíamos subido, como siempre sucede, y llegamos á Rio-Janeiro á la caída de la tarde.

A cosa de una legua de Botafogo, y siguiendo la orilla del mar, se encuentra el jardín Botánico, que es digno de verse: ahora está algo descuidado; pero se ha planteado con esmero, y se ven en él todas las plantas de los Países-Bajos ó cálidos, el té, la canela, alcanfor, etc. El rey don Juan IV, hizo venir chinos para aclimatar el té y propagarle por plantas criadas en el jardín Botánico. Aseguran que el ensayo habia salido perfectamente, y un año se habian llegado á recoger hasta doce libras de té. Pero cuando el rey dejó á Rio-Janeiro, los chinos desertaron ó se murieron, y no hay mas que dos para el cultivo del único cuadrado de té que existe en el jardín. En este se vé la mas hermosa palmera que puede darse, pues ella sola mereceria se fuese á examinar el jardín. Asombra aun despues de salir de aquellos bosques donde todo es gigantesco.

San Cristóbal, que es la residencia del emperador, está á dos leguas cortas de Rio-Janeiro á la parte opuesta de Botafogo y cerca del centro de la bahía. El camino que conduce á este punto es una especie de calzada que atraviesa un terreno pantanoso, casi siempre invadido por la marea.

Fuera de esto, la posicion de San Cristóbal es bellísima, cosa muy comun en las cercanías de Rio-Janeiro. El palacio está sobre una altura que domina la poblacion y de donde se descubre toda la bahía. Nos parecia preferible y con mucho al de la capital. El exterior es bastante regular y noble. El interior está bien amueblado, aunque no con la magnificencia verdaderamente regia que los de Europa.

Pocos días despues hizimos una incursion á lo interior de las montañas por la parte de Tijuca, adonde se va al camino, ó por el mismo camino de S. Cristóbal que á poco rato se deja á la derecha volviendo la espalda á la bahía. A una hora de marcha se principia á subir por un camino pedujoso y bastante malo. Fuimos á parar á casa del conde de Seei que ha establecido en Tijuca un plantio de café. Como habíamos salido por la tarde de Rio-Janeiro no pudimos llegar hasta la noche, y no experimentamos mas sensacion en los bosques que atravesamos que la de una profunda oscuridad en la que casi nos vimos de repente. Pero á la mañana siguiente gozamos todo el placer de la sorpresa. Nos hallábamos en medio de aquellos hermosos bosques vírgenes, de los cuales no habíamos visto mas que los linderos; de trecho en trecho una casita rústica, con algun desmonte alrededor; enormes troncos de árboles á medio consumir, frescos arroyuelos serpenteando por entre los valles formados por las opuestas hileras de colinas; este es el aspecto que presentan aquellos bosques vírgenes.

Como nuestro objeto en aquella excursion era cazar para hacer coleccion de algunos pajaros, salimos muy de madrugada á registrar aquellos inmensos bosques. Aun antes de salir del jardín de Mr. Seei, vi por la primera vez un lindo colibri, bañándose en el rocío recogido por las anchas ojas de un baniano. El corazon me palpitaba, queria cojer aquel pajarillo y sentia matarlo con todo: tiré y le acerté. Subimos por uno de los arroyuelos que he dicho: antes, y nos condujo á una cañada mas estrecha y mas selvática aun que la que dejábamos atrás. Las colinas estaban mas apinadas, sus vertientes eran mas rápidas, y el arroyuelo formaba un torrente que bramaba á nuestros piés; pero que las mas veces no veíamos, porque nos lo impedía la espesura del ramaje. Árboles inmensos que parecen tan antiguos como el mundo, se mantienen aun en pie, al lado de otros derribados, no por el acha del leñador, sino por la segur del tiempo. Otros ya podridos en sus tres cuartas partes, están aun en pie, sostenidos únicamente por las lianas, á quienes ellos apoyaban, acaso algunos siglos antes.

Una hermosa calle alineada de árboles, bien trazada y bien conservada, de modo que nunca presenta subidas ni bajadas demasiado rápidas, á pesar de que algunas veces parece como suspendida sobre insondables abismos atraviesa por aquel paraje agreste, formando un contraste muy singular y encantador con el melancólico aspecto del desierto. Nos separábamos algunas veces á ambos lados de este camino; pero no sin gran dificultad, tanto porque el bosque está enteramente cerrado con ramaje, á pesar de la prodigiosa altura de los árboles, cuanto porque la mayor parte de los arbustos están armados de unas espigas de la mas asombrosa magnitud. Seguido este camino por una media hora, se halla una magnífica cascada, que forma el arroyo, cayendo de un golpe y perpendicularmente de una altura de 60 pies. Una senda tortuosa baja del camino hasta el pie de la cascada, y conduce á una casita que perteneció á un artista distinguido, francés de nacion, Mr. Taunay, quien ha pasado algun tiempo en el Brasil. Seguramente el mas hábil pintor no podia escoger paraje mas hechicero. El camino ó calle de árboles sigue hasta la quinta del conde de Gestas, cuyo plantio está algunos pasos mas allá de la cascada.

Nuestra caza fué poco feliz, como casi todas las que hemos hecho en los bosques de América. El follage es tan espeso en ellos, que oíreis un pájaro, y por mas que habrais los ojos, y alargueis el cuello, siempre tendreis que renunciar á verlo. Aun cuando esto se consiga, siempre queda como en todas partes la incertidumbre de poderle dar. Y por último, cuando se le acierta, las mas veces sucede que el animalito queda muerto colgado de las ramas, ó cae y se pierde en la espesura de las zarzas y arbustos espinosos.

Entre las riquezas pintorescas y vegetales de las cercanías de Rio-Janeiro, se cuenta el punto que ocupa el convento de Ntra. Señora de Buen Viaje. Esta se halla en la cima de una altura cercana á la poblacion de Santo Domingo en la



ribera oriental de la bahía de Río-Janeiro. Vista desde tierra la montaña aparece bajo la forma de trozos enormes de rocas, sembrados de palmeras y de cocoteros, que han brotado vigorosamente donde quiera que han podido encontrar un poco de tierra vegetal. Los edificios están como ocultos

en la sombra y en el verdor de lejos no se distingue mas que el campanario del convento y las murallas blancas del mismo, que se elevan sobre las copas de los árboles y se destacan sobre el azul sombrío del firmamento.



INSCRIPCIONES HEBREAS.

No hace mucho tiempo que se halló en las inmediaciones de Calatayud, donde fué la antigua Bílbilis, patria de nuestro satírico Marcial, una medalla de bronce fundido de las dimensiones y con las leyendas que representa el grabado adjunto. Por su figura, porte y contenido la juzgamos amuleto ó talisman de algun judío converso del siglo catorce ó quince, en cuya época apareció la mayor parte de las medallas que aun hoy usan algunos cristianos supersticiosos, con leyendas é imágenes religiosas, como preservativo de varias enfermedades, de rayos, centellas, y otros fenómenos meteorológicos, ó de infortunios de mar y tierra, que ninguna relacion tienen con los achaques ó calamidades de que se supone preservan, y que la verdadera religion condena entre las supersticiones y vanas creencias prohibidas en el primero y segundo mandamiento del Decálogo.

La que da origen á este artículo tiene varias leyendas en una y otra cara con caracteres hebreos de la época á que nos referimos, bien formados en relieve, perfectamente legibles, escepto en una pequeña parte de la orla del pentágono, en que está corrida la fundicion y las letras se han confundido. Dice así por los cuatro lados del cuadrado: **אוריאל**, **רפאל**, **גבריאל**, **מיקאל**: que son los nombres de los cuatro arcángeles *Oriel, Rafael, Gabriel, y Micael*: debajo de cada cual hay una leyenda que dice: bajo el primer nombre **זה שמי לעלם**—este mi nombre para siempre: bajo el segundo **יהוה צבאות הוא שמו**—*Ihowah Tsabaot este su nombre*: bajo el tercero **יהוה שמו לעלם**—*Ihowah su nombre para siempre*: bajo el cuarto **יהוה שמי יהיה**—*yo Ihowah, este mi nombre será*. En las doce casillas en que está dividido el cuadrado que forman las leyendas anteriores está el nombre *tetragrámatu* ó de cuatro letras **יהוה**—*Ihowah*, glosado cabalísticamente segun todas las combinaciones que con tales cuatro letras pueden hacerse; que aunque debieran ser diez y seis, el cuadrado; por ser dos de ellas iguales, no resultan mas de doce, y queda descifrado el anverso, digámoslo así, de la medalla.

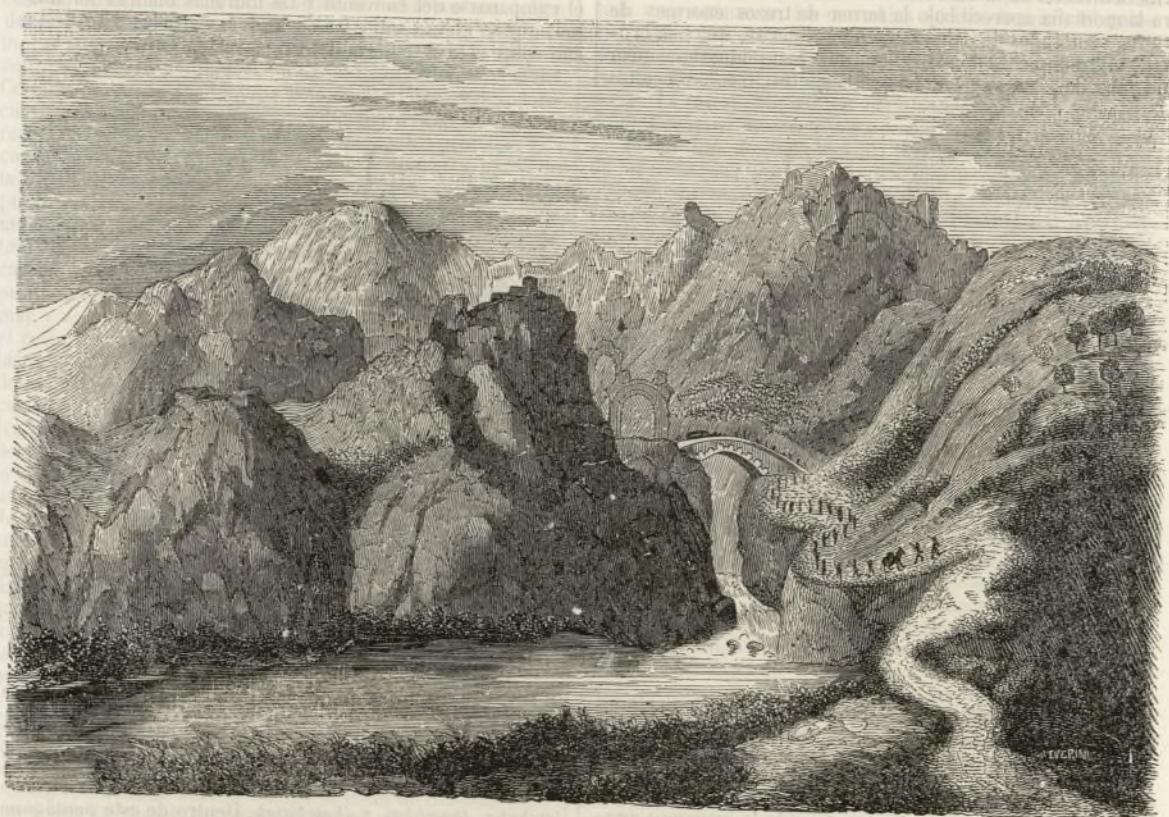
En el reverso ó lado del pentágono hay un rostro con aureola ó diadema, y una pequeña leyenda que dice: **להם בגים**—de ellos entre gentiles: de cuya faz salen cin-

co rayos que son los que constituyen el pentágono, sobre cuyos cinco lados dice: **יהושוע**, **יהושע**, **ישוע**, **ישי**, **יהושוע**, que son los cinco nombres que no con muy sana intencion dan los judíos á nuestro Salvador *Ieschai, Ieschuj, Ieschuha, Ihoschuaj, y Ihoschujah*. Dentro de este pentágono hay tres círculos concéntricos alrededor del rostro ya descrito, con tres leyendas entrecortadas y dispuestas de modo que cada palabra de cada una de ellas caiga debajo de uno de los cinco nombres referidos, á saber: **לעלם**, **יה**, **לכני**.—Este mi nombre para siempre, y este para mi hijo: **שאל**, **בר**, **ילד**, **נונין**, **שאל**.—hijo elegido muchacho niño-prolífico deseado: **וחד**, **צאן**, **שה**, **ישב**, **כרש**.—heredero residente víctima cordero único: de suerte que leídos los cinco cascos del pentágono por separado vienen á decir *Ieschai, este hijo heredero: Iheschuj, mi nombre elegido residente: Iheschua, para siempre muchacho víctima: Ihoschuaj, y este niño prolífico cordero: Ihoschujah, y para mi hijo deseado único*.

Alrededor de este pentágono hay una leyenda en forma de orla, que aunque corrida un poco la fundicion, como ya dijimos, y confundidas las letras del principio dejan no obstante leer dos textos bíblicos, uno del salmo 72 v. 17 que dice: **ויהי שמו לעלם לפני שמש ונון שמו**—Será su nombre para siempre delante del sol, ó mientras haya sol se estenderá su nombre; y otro de Isaías cap. 9, v. 5. **יוקרא ויהי שמו פלא יועץ אל גבור אבי ער שר**—y se llamará su nombre admirable, consejero, Dios fuerte, padre de eternidad, príncipe de paz, á lo cual añade lo orla **יהוה שמו יהיה**—y este su nombre; formando todo ello un conjunto admirable de doctrina en el fondo, así como en sus formas es el conjunto mas estravagante de figuras geométricas, de sentencias cabalísticas, de enigmas, emblemas y epitetos que apenas puede distinguirse si la medalla está hecha por piedad ó por impiedad; aunque mas nos inclinamos á lo primero, al ver estampado tantas veces el inefable nombre de Dios y las palabras de Isaías y de David, de que jamás abusaba ni abusa un hebreo para befas ni sarcasmos.

A. M. G. B.





EL PUENTE DE OCINOS.

Entre los parages mas pintorescos y notables por su naturaleza, que encierra nuestra Península, merece un lugar la caprichosa garganta que se encuentra en las inmediaciones de Burgos, cortada por el puente llamado de los Ocinos, y la puerta de la Orodada. La lámina que presentamos, dá una idea completa de la estraña perspectiva que ofrece esta angostura.

## LOS ULTIMOS AMORES.

### I.

—Qué se hace ahora de bueno, señor Juan; preguntó un jóven pajecillo, entrando con familiar desembarazó en una mezquina taberna de la calle Mayor, en donde el bueno del vinatero andaba hecho un azacan, de aquí para allí, llenando vasijas y desocupando botellas, con tal despejo, espedicion y soltura, que no parecia sino que algun espíritu foleto daba á sus pies y á sus manos agilidad y movimiento.

—Ola, Tomasillo, replicó el tabernero, procurando vaciar de golpe un sendo puchero de agua cristalina en otra vasija que contenia un vino manchego hasta entonces puro, y desde aquel momento aguado en mas de sus dos terceras partes.

—Siempre ocupado tan santamente, y desviviéndoos por dar gusto á los parroquianos.

—Pues no os sonriais; porque teneis la sonrisa mas picaresca del mundo, y en mis enjuagues no cabe malicia.

—Quién dice tal cosa? El echar agua al vino es un deber de todo tabernero honrado y filantrópico: es un remedio higiénico que evita acaso mil irritaciones mortales, y ademas una obra meritoria y gloriosa, por cuanto, sin perjuicio del prójimo, que encuentra de todos modos delicado el *aloque y el carinena*, os reservais algunos ahorrillos para asegurar el porvenir de vuestra familia; que en todos tiempos el hombre previsor.....

—Paréceme, señor paje, le interrumpió el vinatero, desocupado ya de su interesante faena, que teneis mas talento del que á primera vista se os descubre, y que sois filósofo,

vive Dios, y leido y entendido mas de lo que promete esa raída faldilla y ese sombrerucho chambergó tan empolvado y curtido. Cierito es cuanto decís, y que la virgen de Atocha no me favorezca, si no llevo la mejor intencion del mundo al permitirme estas mezclas de aguas y de vinos, en las que confieso que soy un quirúrgico consumado.

—Químico querreis decir, señor Juan.

—Es verdad, aunque para la aplicacion del caso lo mismo me da lo uno que lo otro. Pero á qué es vuestra venida? que vos, aunque aficionado al mosto, como no estais muy bien avenido con el dinero, las pocas veces que se me depara el placer de veros por mi tienda, siempre venís con alguna comision.

—Lo habeis acertado. Traigo una y muy importante que confiaros.

—Todas las ánimas del purgatorio pongan tiento en vuestra boca; porque soleis ser portador de algunas tan endemoniadas!... En fin, qué es ello?

—Unos nuevos amores.

—Válgame San Protasio! La tercera muchacha en el presente año de gracia de 1684, que festeja don Diego. Qué cabeza, Dios mio! En viendo unos ojillos garzos, una boca pequenuela, un piececillo pulido, ó un cuerpecito salado, ya no hay hombre, ó por mejor decir, por haber demasiado hombre se convierte en un diablito en carne y hueso: yá, yá...

—Si tuviérais de discreto lo que de malicioso.....

—Vamos, dejaos de chanzas...

—No me creais chancero en esta ocasion. Sirvo á don Diego de Trabadillo, como de su pan, y á fuer de leal, porque lo han sido todos los de mi sangre, aunque descamisados, no puedo consentir que se le atribuyan al sesudo y pundonoroso amo mio y señor todas las impertinencias y locuras de un mozalvete sin seso.

—Vamos, Tomasillo, serenaos y probad de este moscatel que yo reservo para los amigos únicamente, y bebed sin tasa, pues este es obsequio y.... y en un dia como el de hoy es preciso, como dicen los nuestros, tirar la casa por la ventana.

—Teneis un arte para convencer, señor Juanillo!... Pero



qué día es hoy que así le celebráis? pues deben repicar gordo, para que de tacaño y mezquino como sois, os hayáis vuelto espléndido y garboso hasta el punto de desperdiciar con un pobre paje un frascuete de media azumbre del moscatel mas rico, puro y espirituoso que ha pasado por garganta humana.

—Hoy es un día... como otro cualquiera si gustais... pero mañana entra en Madrid S. M. la reina y esposa de nuestro buen rey don Carlos II, y...

—Yo nunca os he tenido por tartamudo, pero así balbuceais y pronunciáis las frases interrumpidas, que me voy convenciendo de que debíais tener el estómago mal preparado, pues se os ha subido á la cabeza el vinillo.

—Nada menos que eso.

—Pues entonces, á qué diablos viene ese temblor de manos, que os ha hecho salpicar de vino vuestra rica chaquetilla de pana; ni por qué os poneis mas colorado que un tudesco beodo, ni qué significan esos ojazos abiertos y asombrozados como los de una mula falsa y de alquiler....

—Señor Tomasillo, pudiérais escasear las comparaciones, pues ya sabéis que os tengo por mozo de chispa, y no me parece cristiano que os sirva un prójimo de diversion, cuando os brinda con el mejor vino que hay en su bodega y cuando le veis á uno turbado, y....

—Verdad es que este abogado habla por vos; prosiguió el paje apurando el cuarto vaso de moscatel, y poniéndose en pié con ánimo sin duda de separarse de aquella tentación presente. Os doy gracias por el obsequio y, á no necesitar hoy de toda mi serenidad y discurso para un asunto de don Diego, hubiera dado un tiento mas decente á ese vinillo provocativo. Pero ahora voy reparando en todo. Qué se han hecho todas las mesas? Pensais traspasar el local, que habeis quitado hasta el mostrador de la tienda?

—No, Tomasillo. Lo que pienso es dejar el salon despejado.

—Para dar algun baile?

—Precisamente.

—Estais en vuestro juicio? Despues de cuarenta años de tabernero, y á los sesenta de edad, habeis caído en la tentación de desamueblar vuestro despacho de vino, para convertirle en sala de baile!

—Y qué quereis! hay circunstancias.

—Únicamente admito una: la de volverse loco.

—Es que.... me caso.

—Os... casais? Ah! pues entonces es lo mismo que si hubiéseis perdido la chaveta. A los sesenta años? Vamos, alguna boda de interés?

—Es pobre....

—Será una persona de fundamento?... y para vuestro arreglo doméstico quizá os convendrá....

—Tampoco: no sabe dar una puntada, ni sirve mas que para que la gobiernen; como que no ha cumplido diez y nueve años.

—Tan niña! Entonces la sacrifican!

—Gracias por el cumplido. Un hombre de mi conducta, con seis establecimientos públicos en la corte, con quince mil cepas en la Mancha, y con un doble de escudos de oro en el arca, no es un partido tan despreciable.

—Ya, ya lo veo. Y quién es la favorecida?

—Sus antecedentes son algo equívocos para algunos: pero á mí me basta su virtud y su inocencia.

—Pero, cómo se llama esa virtud y esa inocencia?

—Mariquilla... Su madre dicen que era bruja, pero en cambio tiene una tia muy ducha y que es dueña de una marquesa.

—Calla, calla!

—...Y la chica es como un lucero; unos ojazos de oveja á medio morir, una boquita como un cañamon, y un moño...

—Pero espíquese V., señor Juanillo. Se llama Mariquilla, su madre es bruja y su tia es dueña, y tiene un moño que dá que decir en el barrio?

—Precisamente.

—Cómo? la que llaman la *pelona* por lo largo y crecido de su melena?

—La mismita.

—Ah! ingrata Antoñuela, que así has dejado desairado á tu airoso pajecillo, aunque pobre y hambriento, por unirte á un sátiro.

—Pero, qué disparates estais diciendo?

—Ah! señor Juan, que esa es una partida muy serrana,

y que ahora comprendo por qué os turbábais y por qué me habeis encaramelado la boca con ese moscatel que no estrañaría estuviere envenenado.

—Estais en vuestro juicio!

—Con que esta noche es la boda y el salon está ya dispuesto para la zambra? Pues, señor, me doy por convidado. Tengo yo mis asuntitos que arreglar con vuestra futura.

—Cómo es eso?

—Cuentas pendientes.

—Pendientes!

—Si, aunque en el día ya no están pendientes sino desprendidos algunos puñados de cabellos que me dió en memoria...

—De qué, paje maldito?

—Cachaza! pues á lo que veo, señor Juan, vos sabíais que la niña habia hecho tilin á las niñas de mis ojos, y no os era desconocida la afición que manifestaba por mis prendas la susodicha Mariquilla. Pero ahora bien, me habeis vencido legalmente, y yo no debo quejarme de vos sino de vuestro dinero. Os dejaré en paz. Hacedos cuenta que en este suspirillo me he arrancado del alma la imagen de esa desgraciada criatura.

—Mucho lo celebro, por vuestro bien.

—Y por el vuestro, no es verdad? Pues, sí señor; y aun haré mas, que será no asistir á la fiesta: en cambio os daré mi despedida, á mi modo... con alguna cancioncita que os arrulle el sueño.

—En medio de vuestras travesurillas siempre habeis manifestado un carácter tan amable!...

—Vaya, hasta la vista y buen provecho, y Dios os dé fuerzas para soportar la coyunda. Pero válgame la Trinidad, qué cabeza! Confieso que la noticia me la ha trastornado, y que me marchaba sin daros el recado de mi señor.

—Es verdad.

—Para mañana se necesita un hombre de confianza, de decision y de secreto. Un bravo, en fin, que por cincuenta escudos, que aquí los teneis para entregárselos en el acto, y que, por otros cincuenta que recibirá cuando termine su aventura, se arriesgue á dar las puñaladas que juzgue necesarias para enviar á un hombre al otro mundo.

—No lo decia yo! Si vuestra venida no podia ser de buen agüero.

—Don Diego me ha dicho que para convencerlos os entregue á vos únicamente por el corto trabajo que os tomareis de escoger un maton entre tantos como vienen á remojarse el paladar á vuestra oficina, estos cincuenta escudos de buena ley; y me ha encargado advertiros que os interesa complacerle, si no quereis salir mañana con un grillete por el contrabando escandaloso que habeis introducido ayer noche.

—La virgen del Tremedal me valga!

—Conque creo que estamos convenidos. Para mañana un hombre resuelto y callado, acaso encontrará resistencia, porque el caballero á quien tiene que acometer es decidido y diestro en las armas; que vaya pues, prevenido!

El paje no aguardó la contestación del vinatero, el cual se quedó contemplando los dos cartuchos de monedas de oro que tan enérgicamente le convenian en favor de las razones de D. Diego: por otra parte el contrabando, cuya profesion ejercia igualmente con honradez, una vez descubierto, podia costarle la cabeza, y en ese caso, adiós boda y Mariquilla. Guardó, pues, el dinero, y desarrugando el entrecejo que habia arqueado sus negras cejas, se frotó la arrugada frente como para refrescársela, se atusó el ceniciento cabello con su pañuelo de seda, y clavando los ojos en las bovedillas de la mugrienta sala, empuñó con desconsolado ademán un enorme vaso de moscatel y se le echó entre pecho y espalda sin respirar, y con toda la resignación de un cristiano viejo. La oscuridad de la calle le dió á conocer que se adelantaba la noche; así que llamó con descompasadas voces á varios criados, que empezaron á encender las luces de varias cornucopias colgadas provisionalmente en las escarpas de las jarras de vino; y despues de revisados los preparativos del baile y de la cena, se puso á pasear del uno al otro extremo de la sala, interin llegaba la familia de su dulce Marica, y los deudos y contertulios que tenia convidados para presenciar tan patética ceremonia, entrada y recibimiento de los cónyuges.

Pasaremos por alto las danzas y jaleos de los unos, los dichos picarescos y las gracias desvergonzadas de los otros, la alegría y la algazara de todos, y únicamente diremos, en



honor del señor Juan el vinatero, que no hubo boda mas espléndidamente servida, ni mas acompañada que la suya, que dió que envidiar y que murmurar por muchas semanas á todos los cofrades de su gremio; y en honor de Mariquilla, que fué la única que suspiraba en medio del general bullicio: lo que, en nuestro concepto, la sinceró de la falta de cariño y de gratitud que tan en cara la echaba, y tan de corazon, el pobre Tomasillo.

Este no se olvidó de su oferta amistosa, y para cumplir al vinatero su palabra, cuando ya la luz de las estrellas se iba amortiguando en el cielo, acudió debajo de la ventana de su prenda perdida, en compañía de varios mozos del barrio, y al compás de un sonoro guitarrillo, rasgueado con todo el primor de un galanteador jerezano, entonó varias chistosísimas coplas en las que rebosaba la agudeza de su ingenio, y la hiel de su corazon desdeñado. Por último, sintió la falleba de la ventana reclinarse pausadamente, y vió primero una sombra, que despues distinguió ser una muger, y la que al fin conoció ser Mariquilla, á la cual saludó con voz quebrantada por el amor y el sentimiento, pero que sonó fuerte y penetrante al dirigirla con malicia y desden esta cancioncilla.

Mariquilla Antonia,  
tu eres el demoño,  
pues por cuatro cuartos  
vendistes el moño.

La Antoñuela suspiró; el suspiro enterneció al paje, y comenzaron este breve diálogo.

—Con que te han sacrificado!

—Sí, Tomasillo de mi vida! no sabes tú que el corazon de esta pobre no respira sino por tí.

—Y ahora, qué fin tendrán mis ansias?

—Ninguno; como tampoco le tendrán mis lágrimas!

—Al perro de tu marido le ha de costar un pellejo de vino cada una de las que derramas, tórtola mía.

Terminó aquí el diálogo, porque Mariquilla se retiró de la ventana: Tomasillo se reunió á los mozos que esperaban un poco apartados para no interrumpir la amorosa plática; pero viendo el paje que una sombra aparecía de nuevo en la reja, se acercó presuroso.

—Qué se ofrece? preguntó el tio Juan, pues aunque no se habia desvelado con la vihuelilla, se habia despertado con el eco de las voces medrosas de los amantes.

—Ola, señor Juan: vengo á daros mi despedida.

—Para qué te has molestado? las noches son crudas... y....

—Y vos teneis gana de recogeros.... Nada mas puesto en razon: pero como os habia ofrecido música para que reconciliáseis el sueño, aquí la traigo. No sé si habré tenido buena eleccion en los instrumentillos. Ola, muchachos! acá; porque al señor es á quien se obsequia.»

En aquel momento formaron corro los mozos, y esgrimiendo sartenes, sonajas y cencerros, y acompañando con silbidos y risotadas la infernal algaravía, hicieron cerrar la ventana al vinatero, que se deshacía en maldiciones, perdidas en el aire, porque todo lo confundía el estruendo de tan estrepitosa cencerrada.

## II.

El día 13 de enero de 1680 fué uno de los mas señalados para el muy leal vecindario de Madrid, que acudió bullicioso á presenciar la solemne entrada de doña Maria Luisa de Borbon, primojénita de S. A. R. el duque de Orleans Felipe, y de Enriqueta Ana de Inglaterra.

Numerosa concurrencia embarazaba las calles del tránsito que debia seguir la régia comitiva, y desde la espaciosa plazuela del buen Retiro, donde á la sazón se aposentaba la reina, hasta el palacio de su noble esposo don Carlos II, formaba el apiñado gentío una columna negra, movable y compacta, cuyas ondulaciones semejaban á los ojos de los que la contemplaban desde lejos, los movimientos tardos de una ballena gigantesca.

Pero por donde era absolutamente imposible atravesar por lo apiñado de los grupos, era por delante de la casa del escolentísimo señor conde de Oñate, á cuyo frente, en el espacio que permitía San Felipe el Real y la calle de Postas, se habia levantado un tablado en el que se representaban varios divertimientos cómicos, acompañados de festivas músicas, que así embelesaban los ojos como entretenían los oídos, suspendiendo los ánimos de todos, tanto caballeros

como mozos del pueblo, que de cuando en cuando prorumpían en animados vivas á la salud de sus reyes.

Debemos confesar, sin embargo, que no eran los músicos ni los farsantes los que ocasionaban tanta apretura en aquellos sitios, sino la presencia del señor don Carlos II, que se habia dignado favorecer la casa de los condes Oñate, y el cual, asomado á uno de los balcones, esperaba con amorosa impaciencia la llegada de su noble esposa; pues la dignidad de rey no le dispensaba á sus ojos de la cortesanía de amante.

Separémonos por un momento de aquel bullicio insoporrible, y procuremos oír la conversacion que siguen algunos caballeros, asomados á un balconcillo estrecho y alto de una casa de enfrente; pues su plática nos dará á conocer varios personajes que tendrán forzosamente que intervenir en esta historia, y tambien varias historias de estos personajes.

—Don Diego, yo os creía menos preocupado.

—Pues, señor don Fadrique, rectificad vuestro juicio; que os aseguro que no solo me tengo y confieso por preocupado, sino que en muchísimas cosas rayo ya en supersticioso.

—Ese es defecto de gente sabia, añadió don Gonzalo de Cárdenas, caballero catalán, záfio, adusto y montaraz como él solo, pero buen amigo y franco servidor de los que bien queria como ninguno.

—Pero no reparais que el pronóstico de una dueña....

—Es como el de otra cualquiera persona, y para mí mas verdadero que el del hombre mas docto en la judicaria, pues ella en mi corazon ha visto como en un espejo; y en cuanto á los sucesos de mi vida, me los anuncia como si los leyese claramente en un libro. Hace siete años conocí yo á esa dichosa Quiteria. Hallábame prendado de una linda cartajineta, jóven en años, rica en virtudes y hermosura, y no pobre en bienes de fortuna. Festejábala cuatro galanes, y quise yo consultarla sobre el resultado de mis ansias, que os aseguro iban siendo para mi corazon insoportables. Pues bien, me dijo que no correspondiera á ninguno de los cuatro; y así se verificó, porque á los dos meses se casó con un príncipe polaco.

—Y quién os dice que eso, que os parece adivinacion, no fuese tener ya antecedentes de la inclinacion de la cartajinesita?

—Lo hubiéramos sospechado.

—No lo creais, don Diego. Los amantes en ese punto son como los maridos, los últimos que sospechan las cosas.

—Y es por esa sola aventura, exclamó don Gonzalo, por lo que os merece la dueña tan alto concepto de adivinadora?

—Y por otras muchas que oíreis. Durante mis campañas en Italia galantee á varias damas, pero todas con tan poca suerte, que, cuando me creia mas seguro de su corazon, hallábame burlado por quien menos podia imaginármelo. Entré en cuentas conmigo mismo, medité y cavilé, y apuré mi corto entendimiento en imaginaciones vanas, y decidí por último acudir á Quiteria, para que consolase mi espíritu, si cabia consuelo en quien tan desanimado estaba como yo, por ver el poco suceso de cuanto emprendia en amores. Desde ese día data mi tristeza; miróme al blanco de los ojos, contó las rayas de mi mano, y con un gesto infernal y una sonrisa penetrante que se me clavó en las entrañas me dijo: Tú no encontrarás nunca quien te corresponda. Desiste de tu empeño, pues el amor causará tu desgracia; y si llegas á concebir alguna pasión violenta, esos serán tus últimos amores, porque perderás la que deseas poseer, y te causará la muerte.

—Qué profecía tan tonta!!

—Mas tonto debia ser el que la diese crédito.

—Don Fadrique, dejadme acabar; don Gonzalo, prestadme dos minutos mas de atencion.

—No sé si tendré paciencia: la gente se arremolina, el reloj vá á dar las once, y sin duda la reina se deja ya ver por el alto del Prado.

—A bien que por aquí ha de pasar y que no tandrais mas que bajar los ojos para no perder nada de la funcion. Pues señores, queriendo yo desmentir el funesto vaticinio, me he dedicado á galantear.

—Linda ocupacion!

—No me interrumpais. Doña Ana de Silva fué la dama en quien coloqué mis esperanzas: pues bien, una desgracia de su familia amilanó su espíritu de manera que á los pocos días entró monja en la Anunciacion. Pedí la mano de doña Leonor de Rivera: sus deudos me favorecian, la jóven no



me miraba con ojos desdeñosos; pues bien, su razón estraviada por un susto la ha conducido á un hospital de locos.

—Sabeis que eso va siendo serio! con que vos no podeis acercaros á una niña sin que la pobre deba ser víctima de vuestro deseo ó de vuestro capricho?

—Y querreis que no sea supersticioso! No hace un año, en fin, vos os acordais don Fadrique, pues muchas noches me acompañabais hasta la casa de la inocente Gabriela, me desanimé del todo. Aquella niña de quince abriles, ardiente de corazón, y entusiasta por naturaleza, supo recoger mis suspiros, exhalados debajo de su ventana, y no por ser poco amorosos y ardientes produjeron menos incendio en su alma apasionada. Trocamos cintas y papeles: me presenté en su casa, aunque no enamorado de su belleza, agradecido á su cariño, y contento con mi suerte que me deparaba en un enlace ventajoso con la familia de Solís un remedio para mi tristeza, un desengaño para mi credulidad, y en una palabra, descanso y paz; pues os aseguro que había desaparecido de mi corazón, desde que los pronósticos de la dueña se habían realizado en mí con tan tristes cuanto verdaderos sucesos.

—Sí, sí; yo en vuestro lugar hubiera recelado lo mismo.

—Pero, señores, será cierto que un conjuro puede influir en la suerte de los hombres, y que un leal caballero no ha de poder estar libre de los maleficios de una bruja? Acabad, don Diego, pues me interesa vuestra historia.

—Don Gonzalo, al menos soy digno de compasión. Dispuestos los preparativos para nuestro enlace, y terminadas ya cuantas formalidades podían retardar un instante tan suspirado por mí, Gabriela cayó enferma. Creyóse que su indisposición no pasaría de ser un constipado: pero su tos fué pareciendo sospechosa, arrojó algunos esputos de sangre, se quejó de un ligero dolor en el costado. Los médicos acudieron, y la primer nueva que comunicaron á su desconsolada familia fué que la diesen el santo viático, pues padecía Gabriela una afección muy aguda al pulmón, y ofreciendo riesgo su vida, era del caso se reconciliase con Dios, y buscarse en su mano lo que no estaba en la mano de los hombres! A los tres días espiró.

—Qué desgracia! Ya nada extraño de cuanto hayais podido hacer desesperado.

—El consuelo es sordo á mis voces: creí que el pesar me mataría, pero el hombre no sabe lo que puede sufrir sino cuando ha soportado todo género de calamidades y de dolores. Desde entonces maldije de mi nombre y de mi suerte, y hubiera vendido mi alma á Satanás, si hubiese tenido la dicha de que se acordase de mí. Frecuente las casas de juego y siempre salgo ganancioso; busco querellas y desafíos, y jamás llegan á mi pecho las puntas de las espadas enemigas sobre las que me arrojo para encontrar la muerte. Por último, he formado un propósito firme. Como mi desgracia consiste en que creo que se cumplirá el funesto vaticinio de la dueña, todos mis pensamientos se reducen á que salgan mentidos. Como consiga mi objeto, ya todos medios me parecen buenos.

—Tales podríais elegir...

—...Os digo que todos los adopto; la infamia, el asesinato...

—Don Diego, serenaos, que en caballeros de vuestras prendas, aun las palabras mancillan y empañan la pureza de la sangre.

—...Ola, los atabales y clarines nos anuncian que pasa la real comitiva. Mucho siento no proseguir la comenzada y sabrosa plática; y mucho mas cuando creo que llegamos al punto mas importante de vuestra historia.

—Don Fadrique, asomaos bien; le interrumpió don Diego, dejándole sitio para que se apoyara en la barandilla del estrecho balcónillo.

—He puesto la mano en la llaga, eh?

—Vamos, don Diego, añadió el caballero catalán; todo se sabe. No es fácil disimular una pasión verdadera, y mas cuando es como la vuestra, que, no contenta con ojeadas y paseos, se declara por medio de músicas.

—Y bien, por qué os lo he de negar? Amo á Serafina como un loco. Esa debe de ser la mujer que causará mi desgracia: porque ella es la que me ha inspirado una pasión terrible y profunda. Ella originará mi muerte, ella será mis últimos amores, si se cumple el vaticinio. Pero os lo he dicho y lo repito, yo poseeré esa mujer aun cuando tenga que...

Callad, y al menos no nos hagais cómplices de vuestros malos pensamientos!

—Lucida vá la comitiva. Los alcaldes de casa y corte retratan en la modestia de sus adornos la sencillez de la justicia que representan.

—Qué famosa institución la de las órdenes militares! Qué buen efecto hacen las plumas blancas, las cruces de varios colores, los penachos de los fogosos corceles....

—Y hoy acompañan todos los gentiles-hombres de casa y boca, pues forman una numerosa compañía. Allí vienen ya los títulos, grandes de España, caballerizos.

—Y la reina. Qué hermosa! Diez y ocho primaveras han dado á su semblante la brillantez de una rosa de Bengala.

—Es el marqués de Villamayga el que conduce de la rienda el hermoso palafren de la reina?

—El mismo; como que es su caballerizo.

—Los pobres regidores parece que no tienen muchos ánimos para sostener ese rico pálido.

—Ahora entra la parte mas vistosa de la comitiva; ojo avizor, señores, porque entre esas largas hileras de damas de palacio y camaristas pasan las mas hermosas del mundo.

—Esas dos señoras, que van en esas mulas tan enjaezadas, son la camarera y la guarda mayor doña Laura de Aragon.

—Parece imposible que unas manos tan delicadas puedan dirigir tan briosos caballos.

G. ROMERO LARRAÑAGA.

## El ajiméz de la torre de las Infantas.

### I.

Sobre el muro que el recinto de la Alhambra real circunda, si en fortaleza segunda primera en esplendidez, hay una torre morisca frontera al Generalife, que sobre angosto arrecife abre un dorado ajiméz.

Este arrecife tortuoso que estiende sus líneas combas entre yedras y gayombas madre selvas y jazmin, solitario, áspero, umbrío parece el lecho de un río que dividió en otro tiempo el alcazar del jardín.

Fresco, umbroso en el verano, abrigado en el invierno, gozando el verdor eterno de la yedra y el laurel, es este oculto arrecife, lleno de sombra y misterio, huella oriental del imperio de la raza de Ismael.

A un lado Generalife de sus floridos vergeles le entolda con los laureles, le impregna de aromas mil; al otro la Alhambra espléndida le fia por sus ventanas de cautivas y sultanas toda la historia gentil.

De una parte le armonizan por el lado de las flores los canoros ruiseñores que anidan en el vergel: de otra por el del alcázar, opuesto al de los jardines, las zambras y los festines que se celebran en él.

Por un lado le engalana la rica naturaleza: por otro le dan grandeza las cien torres de Alhama; por allí muestra patente Dios su creadora mano: por aquí del Soberano se hace el poder acatar.





Tal vez en noche de estío  
al són de un harpa morisca  
desde el muro una odalisca  
entona amante cancion,  
y algun colorin celoso  
desde la verde floresta  
con trino amante contesta  
del harpa amorosa al són.

En la ciudad empezando  
y abriendo paso á la sierra  
¿quién sabe cuántos encierra  
secretos de honra y amor  
este encantado camino,  
bajo flores enebuerto  
y sobre peñas abierto  
de un palacio en derredor?

¡Cuánta hermosa enamorada  
intentó el árduo descenso  
del vacío espacio estenso  
que hay desde él á su balcon!  
Y cuánto noble africano  
cayó en su arenosa loma  
muerto por oculta mano  
y por oculta razon!

No hay un pie de este camino  
que una tradicion no hechice,  
que un nombre no poetice  
ó dé un recuerdo valor.  
La torre allí de los Picos  
se eleva, cuyos cimientos  
defienden encantamientos  
de un sábio conjurador.

Allá la de la Cautiva,  
donde entre són de cadenas  
viene á lamentar sus penas  
el alma de una muger:  
allá la puerta de hierro  
por do su vida salvaron  
los reyes á quien lanzaron  
sus vasallos del poder.

Y allá en fin, el pie cercado  
de adelfa y silvestres plantas,  
la torre de las Infantas  
se alza con régia altivéz,  
abriendo en su grueso muro  
frontero al Generalife  
encima del arrecife  
su misterioso agiméz.

Una graciosa ventana  
de arabescos y labores  
oriada, cuyos colores  
minió maestro pincel:  
una ventana morisca  
que, en dibujos de oro envuelto,  
parte en pilarcillo esbelto  
de mármol de Macael.

Un mirador delicioso,  
cuyo arco filigranado  
está en redor festonado  
con leyendas del koran:  
Cuyos dos graciosos huecos  
ornados de medallones,  
hojas, nichos, y agallones  
contento á los ojos dan.

Mas ¿quién mora en esta torre  
donde jamás se percibe  
ni el rostro de quien la vive,  
ni ruido de humana voz?  
Jamás de aquella ventana  
se abre al sol la celosía  
ni de un cantar la armonía  
dá nunca al aura veloz.

Muestra empero que se habita  
allá en las nocturnas horas  
la luz de las tembladoras  
bugias de su interior,  
que á pesar de su cerrada  
celosía y su vidriera

de colores, lanzan fuera  
su trémulo resplandor.

Y hay noches, que apunta el alba  
ya, y tras esta celosía  
se percibe todavía  
de la lámpara el fulgor,  
y una sombra que va y viene  
por dentro del aposento,  
da ó quita á cada momento  
luz ó sombra al mirador.

Su moviento incesante,  
sus paradas repentinas  
recogiendo las cortinas  
para ver ó para oir,  
demuestran que el desvelado  
de aquel ajiméz espera  
algo que de él por afuera  
debe sin duda venir.

Mas pasa una noche y otra  
y la luz del sol se traga  
su luz, y con ella apaga  
el que allí esperando está  
su esperanza, hasta otra noche  
que vuelve á arder la bujía,  
y él vuelve á la celosía  
y tras ella viene y vá.

J. ZORRILLA.



Con este número recibirán todos nuestros suscritores el prospecto de esta importantísima publicacion, que referirá cuantos sucesos de interés general ocurran en el mundo entero. La política—las ciencias—la industria—las artes—las invenciones—el teatro—las exposiciones—las grandes catástrofes—la descripcion y costumbres de los pueblos—las fiestas y ceremonias públicas—las curiosidades de todos géneros que esciten la atencion—las escenas militares—las escenas populares—los grandes establecimientos industriales—las modas; en una palabra, todo lo que puede traducirse en el lenguaje del dibujo, pagará su tributo á esta revista que no se limitará á la representacion pintoresca, sino que se esforzará en dar tambien la narracion de los acontecimientos del momento con mas detalles que ningun otro periódico, no dejando pasar un hecho, una idea, un libro de algun valor, sin que se ocupe de ello.

El precio de *La Ilustracion* casi increíble por su baratura, es mas barato aun para nuestros suscritores, que pueden, abonándose por un año antes del 15 de marzo, obtener una cantidad enorme de lectura y de láminas con una economía verdaderamente prodigiosa.